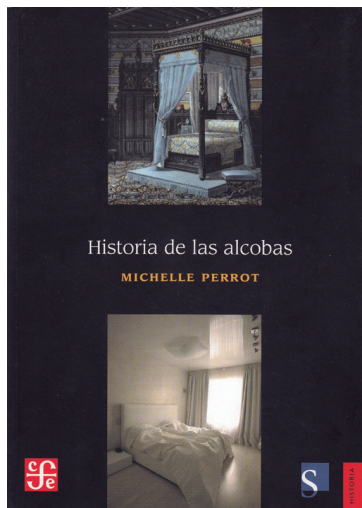


Reseña



La morada de los sueños y el retrato de su historia

Historia de las alcobas.

Michelle Perrot.

Fondo de Cultura Económica. Ediciones Siruela. México, D.F.

2011, 353 páginas.

Que habrá más íntimo en la vida del ser humano que aquel lugar donde descansa su cuerpo y su mente cada día. En un mundo tan abarrotado de conflictos, en el que la paz pareciera un estado inalcanzable, queda ese último bastión que brinda confort al hombre y calma a su espíritu: el dormitorio.

Sospechamos que este espacio ha contado desde siempre con el valor que ostenta actualmente, sin embargo Michelle Perrot en su libro *Historia de las alcobas* nos deja ver que esto no es así. Historiadora francesa de importante trayectoria, colaboradora de Georges Duby en *La historia de la vida privada* y *La historia de las mujeres*, hace en su texto un interesante recorrido por la historia de estos lugares llenos de magia y varios secretos por revelar.

Además de ofrecer una estricta delimitación temática según la cual cada capítulo a su vez se compone de varios apartados, presenta una delimitación temporal amplia aunque muy bien definida; la autora hace énfasis entre los siglos XVII y XIX, realizando ocasionalmente contrastes con la actualidad. En cuanto a la delimitación espacial, claramente se remite de forma casi exclusiva a Francia y esporádicamente a otros países de Europa.

En la introducción hace una pertinente radiografía acerca del concepto de habitación, más allá del plano privado, exponiendo las diferentes acepciones del término, sus usos y repercusiones a lo largo de la historia.

En “*La cámara del rey*” la autora nos sitúa en el Palacio de Versalles, donde la habitación del monarca se configuraba en el centro de ese universo cambiante y turbulento. Testigo de los acontecimientos del día a día del rey, desde las ceremonias que se desarrollaban en torno a él hasta su deceso, este espacio que cumplía una función pública y por tanto carecía de un carácter íntimo

albergaba además de su figura esencial, un séquito de sirvientes organizados en un sistema jerarquizado y complejo cuya labor consistía en servir con riguroso protocolo al monarca. En este capítulo se destaca la función política de este lugar, ya que más allá de ser la morada en la que el soberano francés pasara sus noches, era una representación de su poder simbólico de ver y saber todo lo que ocurría en su territorio, no sólo por la concepción panóptica del lugar sino además porque la cercanía al mismo revelaba una auténtica proximidad a la persona del rey.

En el capítulo “*Alcobas*” la autora nos da cuenta del dormitorio como espacio netamente occidental, su origen y proceso de evolución y desarrolla particularmente el establecimiento de la alcoba conyugal. Inexistente como lugar específicamente asignado para dormir, la alcoba tiene su origen en una habitación o sala común carente de privacidad y especialización del espacio, donde las condiciones de higiene fomentaban la proliferación de plagas de piojos y pulgas. En el mismo sentido, la autora relata el proceso de evolución del lecho, desde los camastros de paja hasta las camas de madera con colchones de plumas de gallina o pato. En este punto se detiene para explicar la importancia del lecho conyugal como símbolo del pacto matrimonial, elemento que favorecería con el tiempo la institución de la alcoba matrimonial como el primer espacio que conquista el privilegio de la privacidad dentro del hogar.

En “*Habitación particular*” se describe este espacio como el lugar en el que la persona puede replegarse y lo más íntimo de su ser logra desplegarse. Se habla de la necesidad del ser humano de contar con un espacio propio de recogimiento y de cómo el hecho de dormir solo se fue constituyendo poco a poco como un derecho. Se describen con particular detalle las acciones que guardan directa relación con la habitación: dormir, amar, orar, leer y escribir. Por último, se refiere a los objetos existentes en la habitación y la función que cumplen como vestigios de la persona que la ocupa, tanto en vida como tras su muerte.

En el cuarto capítulo titulado “*La habitación de los niños*” la autora describe el origen y transformación de este espacio destinado a los más pequeños del hogar. Retoma Versalles y nos cuenta que la preocupación por brindar un lugar confortable y seguro a los niños nace allí. Describe el importante papel que jugaba la decoración de estos espacios, privilegiándose en ellos el uso de papel pintado, cuya labor iba encaminada a la instrucción del niño, buscando con ello “*inculcar en los niños el sentido de la belleza*”.¹ Respecto a la forma como el niño interactúa con su habitación, presenta el contraste que existe entre la sensación de seguridad que le brinda en el día, siendo su centro de actividades y juegos y la angustia que le genera en las noches, presintiendo la presencia de extrañas criaturas que no dudarán en atacarle apenas concilie el sueño. Finalmente se refiere a la habitación de los adolescentes, siendo en el caso de las jovencitas un lugar de protección y aprendizaje y en el caso de los muchachos, un lugar extraño y ajeno por cuenta de su prolongada ausencia del hogar ya sea por motivos de estudio o viaje.

1 PERROT, Michelle. *La historia de las alcobas*. México, D.F. Fondo de cultura Económica, Ediciones Siruela. 2011, pág. 120.

En “*La habitación de las damas*”, el quinto capítulo, se muestra la habitación de la mujer como el escenario de muchos y muy variados acontecimientos. Excluidas del ámbito público, las mujeres fueron tradicionalmente relegadas a espacios específicos tales como el *gineceo* en la antigua Grecia o el *serrallo* de la Turquía otomana, casos a los que se refiere de forma específica la autora. Testigo de hechos tan trascendentales como la pérdida de la virginidad y el parto, la habitación también se define como el contexto de grandes transformaciones en la historia de la mujer, al ser el lugar en el que las primeras trabajadoras desempeñaban su labor de costura y manufactura de flores artificiales. También se mencionan las mujeres cuyo trabajo consistía en vender su cuerpo, cobrando en este caso particular importancia la habitación, que según la manera como la mujer desempeñara este oficio, podía ser propia o alquilada e incluso patrocinada por algún amante adinerado. Las celdas de los conventos son otra forma de habitación femenina que se menciona. Para finalizar hace un detallado retrato de las habitaciones de servicio que tuvieron particular importancia gracias al fenómeno de migración de las mujeres jóvenes hacia la ciudad, que se empleaban como sirvientas, queriendo asegurar con ello hospedaje y alimentación, pero que se veían enfrentadas a condiciones paupérrimas de vida.

La habitación del hotel y su transformación a través del tiempo es el tema del que se ocupa el sexto capítulo de esta obra. Su papel como morada del viajero fue ganando poco a poco en confort y buen servicio. Originalmente albergues de pésima reputación que apenas si brindaban un espacio suficiente para el huésped; con pésimas condiciones higiénicas y carentes de todo vestigio de comodidad, estos lugares enfrentaron un proceso de organización y estandarización que arrojaría como resultado que “*Orden, sencillez y limpieza*”² se erigieran como los preceptos a seguir y en garantía de calidad. El hotel como “*modo de vida y/o objeto literario*”³ es en gran medida el tópico que desarrolla este capítulo, donde entre otros se mencionan las experiencias de autores como Valery Larbaud, Marcel Proust, Jean-Paul Sartre y Jean Genet.

Exponiendo su trayectoria como historiadora social y retomando algo de lo que ha sido su trabajo en este campo, Michelle Perrot reconstruye en el séptimo capítulo de su libro la historia de la habitación obrera. Teniendo su génesis en la necesidad de alojar a los migrantes procedentes del campo, convertidos en trabajadores citadinos, estos lugares donde la miseria, el hacinamiento y la insalubridad eran los factores reinantes, al igual que las demás habitaciones anteriormente descritas, enfrentaron un proceso de transformación. Los dormitorios colectivos presentaban diversas formas, desde los *barracones*, alojamientos masculinos donde los trabajadores se distribuían según lugar de origen o profesión hasta los *conventos de la seda* comunidades femeninas que vivían bajo la supervisión de religiosas y que se dedicaban a la torcedura e hilado de la seda. Con el paso del tiempo los obreros fueron encontrando lugares propios de habitación, tales como los apartamentos amueblados y las habitaciones de alquiler.

La habitación como testigo del trasegar del ser humano es el escenario de la vida misma, por tanto, etapas como la enfermedad y hechos como la muerte, no son ajenos a este espacio. En

2 Ibíd., pág. 178.

3 Ibíd., pág. 187.

“*Lechos de muerte y habitaciones de enfermos*” la autora se encarga de presentar cómo la enfermedad fue un elemento importante en la construcción de la idea de privatización del espacio. La habitación no sólo como lugar de descanso sino de recuperación o estadía en calma en caso de padecer una enfermedad incurable también es concebida como el lugar ideal para morir, en el propio lecho y rodeado de los seres queridos. Un punto interesante dentro de este tema es el de la habitación del enfermo como lugar de creación y para ejemplificar de manera concreta esta situación nos narra el caso de Marcel Proust quien convirtió su habitación y lecho de enfermedad en centro de actividades.

En a “*A cal y a canto*” la reclusión es el tema principal. Bien sea como forma de castigo, debido al secuestro o de manera voluntaria, la reclusión guarda directa e íntima relación con la habitación. Desde la monja, pasando por el escritor o el artista y finalizando con el preso, la reclusión ha sido considerada como la práctica mediante la cual es posible devolverle la calma al espíritu; ya en el caso del secuestro es utilizado como un mecanismo de dominación. Se ilustran estas ideas a partir de ejemplos de reclusión como forma de vida, entre ellos se destacan los casos de la poetisa Emily Dickinson, y los artistas Jean Reynard y Jeannot.

Para finalizar su obra, Michelle Perrot nos presenta “*Habitaciones fugaces*” en donde realiza una reflexión acerca de qué de lo descrito en su texto ha perdurado, señalando de forma categórica “*De las habitaciones de antaño quedan muy pocos rastros*”.⁴ Afirma que si bien la habitación no ha perdido esa categoría de refugio, que brinda protección y permite el recogimiento y la privacidad, no ostenta como antes un carácter tan íntimo y ligado completamente a la vida de la persona, ya que la privatización y la especialización del espacio ha contribuido a que hechos tan importantes como el nacimiento o el deceso tengan contextos de acontecimiento propios.

Historia de las alcobas es sin duda un texto que presenta un riguroso trabajo de investigación, en el que se involucra una consulta detallada de fuentes no sólo de carácter bibliográfico sino pictórico e incluso cinematográfico, expuesto de manera tal que involucra al lector en un recorrido enriquecido con un permanente contraste con elementos literarios donde autores como Zola, Kafka, Sartre y Sand entre otros son los invitados de honor. Salpicado con anécdotas propias de la autora que hacen de esta una obra bastante auténtica, este libro se constituye en un panorama integral de lo que es la historia de ese espacio que ha sido y seguirá siendo la morada de los sueños y el retrato más fiel de quien lo habita.

Lina Margarita Espitia

Historia
Universidad Autónoma de Colombia

4 Ibíd. Pág. 327